

## **En las Tierras del Corazón**

**“Fui un forastero (o refugiado e inmigrante) y me recibiste.”**

**(Mt. 25:35)**

Celebré recientemente el Nuevo Año Lunar con la Comunidad Católica Vietnamita en St. Peter. Dimos la bienvenida al año del Gallo que hace énfasis en el valor y la diligencia. ¡Ciertamente algo sobre lo que se puede “cacarear”!

La ocasión, como sucede frecuentemente en las ocasiones en que me reúno con los vietnamitas, fue una oportunidad para recordar y dar gracias por los muchos de ellos que fueron acogidos en los Estados Unidos como resultado de la caída de Saigón y el final de la guerra entre Vietnam y los Estados Unidos y demás. Bajo el liderazgo del Gobernador Robert Ray, el Obispo Dingman y el Rabino Goldberg, Iowa tuvo un papel principal en organizar la instalación de los refugiados vietnamitas en Iowa. Nuestra luz brilló intensamente.

Al igual que todas las nacionalidades y grupos étnicos anteriores a los vietnamitas (al cual pertenecemos todos) han enriquecido nuestra vida juntos. Ellos tienen muy firmes principios, están enfocados en la familia y son marcadamente trabajadores muy arduos. No hay duda de que tendríamos serias limitaciones si no contáramos con su presencia.

Hoy en día estamos enfrentando otra crisis de refugiados e inmigrantes al ver cómo se hacen esfuerzos para excluir a causa de su religión o país de origen a algunos valiosos individuos que buscan entrar legalmente a nuestro país luego de un estricto proceso de revisión.

No hay duda de que al verlo en una mayor perspectiva, el sistema está roto. Pero hay una forma ordenada y constructiva de repararlo. El Presidente Reagan lo hizo durante su administración. Los Presidentes Bush y Obama presentaron legislaciones similares las cuales cayeron a causa de las confrontaciones políticas.

La Conferencia Episcopal Católica de los Estados Unidos ha dejado claro que patrocina tales legislaciones reconociendo la responsabilidad que tiene el Gobierno Federal de proteger nuestra frontera y ofrecer un flujo ordenado de refugiados e inmigrantes a nuestro país basados en estándares que siempre han sido centrales en nuestro país. Además, como lo fue en el caso del Presidente Reagan, se debe ofrecer un camino hacia la ciudadanía para aquellos que han estado aquí por mucho tiempo sin documentos pero que han contribuido a nuestro estilo de vida. Desde el punto de vista cristiano, ésta es la opción compasiva y humana.

Al contemplar la múltiples posibilidades para proteger las fronteras de nuestro país, una de las propuestas es la de construir un muro a lo largo de la frontera entre los Estados Unidos y México cuyo costo se calcula en decenas de miles de millones de dólares.

Al reflexionar sobre los muros, me recuerdo de las voces de varios líderes respetables. En su exhorto de 1987 al líder soviético Mikhail Gorbachov en Berlín mientras estaba frente a la “Muralla de Hierro” o el Muro de Berlín, el Presidente Reagan exclamó: “Señor Gorbachov, derribe este muro.” Eventualmente, el muro cayó y aquellos que habían sufrido en Europa pudieron vivir su libertad nacional y ser liberados de las ataduras del comunismo. Estos pueblos establecieron lazos de amistad con Estados Unidos y Europa.

El Papa Francisco ha repetido constantemente: “los Cristianos construyen puentes, no muros.”

En la relación actual con México y Centroamérica el flujo de persona surge en gran medida debido a las causas de fondo. Ellos viven bajo una violencia crónica, corrupción, el colapso del sistema educativo y sobre todo del tráfico de drogas que está en el centro de estos problemas.

Aquellos que se alejan de esas situaciones lo hacen por desesperación. Ellos están dispuestos a arriesgar sus vidas para encontrar alivio.

Al contemplar sobre el muro, ¿no sería una forma más efectiva y razonable para detener el flujo de refugiados desesperados el utilizar los miles de millones de dólares para atender las causas de fondo, la más principal que es el apetito insaciable de drogas que tienen los americanos? Con esfuerzos y una cuidadosa cooperación, se podrían establecer condiciones para permitir que aquellos que están atrapados en situaciones intolerables puedan quedarse en casa que es donde quieren permanecer.

El movimiento de pueblos y el enriquecimiento de los Estados Unidos por parte de los refugiados e inmigrantes han sido una constante en cada capítulo de la rica historia de nuestro país. Sus ramificaciones no solamente son de naturaleza política pero tienen una sólida relación con nuestras tradiciones morales y religiosas. ¿No es ahora el momento de poner éstos en práctica al ejercer nuestra lealtad a lo que nos define como Cristiano y al mismo tiempo como ciudadano americanos leales?

Las palabras de Jesús resuenan en nuestros corazones: “Fui un forastero (o refugiado e inmigrante) y me recibiste.” (Mt. 25:35)

Las palabras del Papa Francisco en su mensaje al Congreso en el 2015 también nos guían con su referencia a las Escrituras: “Trata a los demás como quieras que te traten a ti.”